

NOVEDAD EDITORIAL

JOAN CORTADELLAS



►► Tracy Chevalier ► La autora de 'La joven de la perla', ayer en un hotel de Barcelona.

Manzanas migrantes

Tracy Chevalier publica 'La voz de los árboles', una obra sobre los pioneros del Oeste que sigue la relación entre el hombre y la naturaleza

ELENA HEVIA
BARCELONA

Hace tres décadas que la estadounidense Tracy Chevalier vive en Londres, y antes lo hizo en Washington. Así que su carácter urbanita está contrastado, pero sus largas estancias en su casa de campo en Dorset o el hecho de que su marido —como buen inglés— esté enamorado de los árboles la han llevado a hacer una gran inmersión en horticultura y el resultado es *La voz de los árboles* (Duomo). La novela de Chevalier (a la que siempre perseguirá el éxito de *La joven de la perla*) retrata el infierno matrimonial de unos pioneros del Oeste americano, desde Ohio hasta la California de la fiebre del oro, de sus cinco hijos supervivientes de un total de diez y de su relación con una naturaleza indómita que no les facilita nada las cosas.

Vuelve la marca de la casa Chevalier en la que personajes históricos se codean con los imaginarios. Aunque en esta ocasión, la figura folclórica y real de John Chapman, más conocido como Johnny Appleseed (o Juanito Manzana como lo tradujo Walt Disney), esté teñida por la bruma de la leyenda. «De pequeña, en el colegio nos contaban historias sobre este hombre, un excéntrico encantador que llevaba un cazo por sombrero, vestía un saco agujereado e iba siempre descalzo sembrando aquí y allá semillas de manzano y promoviendo

por lo tanto un estilo de vida saludable». Lo que descubrió la autora tras esta imagen idílica es que Chapman pertenecía a una secta cristiana, la de los seguidores del sueco Emanuel Swedenborg, que en realidad era un hombre de negocios que se ganaba la vida con los manzanos. «Y lo más sorprendente es que vendía árboles de manzanas amargas, que son las que se usan para hacer sidra, y no las dulces para comer».

La novela muestra la dificultad de domesticar la naturaleza, pero sobre todo se convierte en un alegato a favor de la migración, no necesariamente impulsada por el hombre, sino también por las plantas. «Sue-

La escritora concibió esta novela como la cara B de 'La casa de la pradera'

le decirse que no hay nada más estadounidense que un pastel de manzana, olvidando que las manzanas en realidad proceden de Kazajistán. Los hombres siempre han llevado las plantas de aquí para allá».

A ello hay que añadir que la zona en la que opera Juanito Manzana y el matrimonio protagonista es Ohio, puro hábitat de los votantes de Trump, con lo que la metáfora adquiere un sentido especial: «En cier-

ta manera, todos somos migrantes, y en EEUU más. Ahora se están poniendo de moda los tests de ADN que pueden revelar raíces africanas o nativas americanas y me parece una buena manera de que la gente abra los ojos». La escritora sabe de lo que habla. Ha visto cómo el *brexit* ha sido una respuesta al miedo a la diferencia.

Una familia disfuncional

No solo hay manzanos en esta novela que Chevalier concibió como la vertiente oscura de *La casa de la pradera*, obra que leyó con mucho placer en su infancia. Las memorias de la Laura Ingalls real son bastante más terribles que lo que la serie de televisión mostraba. «Con *La voz de los árboles* pensé en quitar todo el romanticismo y el amor a una familia pionera y hacerla disfuncional para ver qué ocurría».

La obra tiene también un oculto carácter humanitario, puesto que Chevalier fue uno de los 15 autores británicos que subastaron el nombre de un personaje para una oenegé de ayuda a los refugiados. «Describí el personaje como una mujer fuerte y ganó la puja una señora de California que se lo regaló a su madre. Yo estaba aterrada, porque el nombre marca a fuego a un personaje, pero me relajé cuando me dijo que la madre se llamaba Dody Bienenstock. Con ese nombre ya pude trabajar e incluso ponerla a fumar puros». ≡